
Mitos y Leyendas
del Perú


Mitos y
Leyendas
del Perú

MITOS Y LEYENDAS

Directora Editorial

Autora

Editora

Colaboradores

Revisión pedagógica

Corrección de Estilo

Diagramación

Ilustración






LEYENDAS DEL PERÚ

Mitos y Leyendas del Perú

INTRODUCCIÓN

Desde la época preincaica, los mitos y las leyendas han formado parte de nuestra cultura popular y se han trasmitido de generación en generación gracias a nuestros antepasados. Estos relatos de carácter divino y mágico permiten apreciar el modo de vida y la forma de pensar en el mundo de la costa, la sierra y la selva del Perú.

Debido a la importancia que tienen estas historias, el libro *Mitos y leyendas del Perú* presenta una diversidad de relatos, que tienen como personajes principales a increíbles fieras, brujas, demonios y dioses. Tratan desde los orígenes de pueblos, como Lambayeque y Cusco, hasta las historias que envuelven en los bosques encantados de la selva y minas de los Andes.

En total, son veinte historias. Entre ellos destacan los mitos del Muqui, el Chullachaqui, el Pishtaco, el Yacuruma y la Uma, así como las leyendas de Manco Cápac y Mama Ocllo, los hermanos Ayar, la Cantuta Dorada y la Hermosa Capullana.



(Adaptación)

Cuentan que en las minas de los Andes del Perú habita un ser mitológico que posee supuestos poderes hipnóticos y es capaz de ocasionar pesadillas a los mineros. Es de sexo masculino y se le atribuye la aparición de las vetas.

Se trata del Muqui, que en quechua significa "húmedo" o "humedad". Quienes dicen haberlo visto lo describen como un duende de voz grave y ronca, rostro colorado cubierto de vellos y cuerpo fornido y desproporcionado.

Viste un traje marrón de minero y unas botas para protegerse del agua. Lleva, también, una linterna en la mano. Esta pequeña criatura ataca y produce bastante miedo a sus víctimas. Suele llevarse a los niños solos e indefensos. Castiga o premia a los mineros de acuerdo a su comportamiento. Además, si atrapas a uno y lo tomas prisionero, él no opone resistencia y ofrece dinero a cambio de su libertad.

Se dice que este ser mitológico de mirada penetrante y agresiva se le apareció a un minero muy pobre que tenía un hijo de nueve años llamado Eustaquio, quien le llevaba el almuerzo al trabajo todos los días, al mediodía.

Un día del mes de agosto, cuando la luna estaba llena, el pequeño salió de su casa llevando la comida a su papá a las 11 de la mañana. El señor, al ver que ya era la una de la tarde y no llegaba, salió a buscarlo muy preocupado. Temía que algo malo le pudiera suceder.





El hombre caminó por una curva y llegó hasta un río, en donde vio a su hijo jugando con piedritas al lado de otro pequeño. A medida que se acercaba, divisó que las piedritas realmente eran pequeñas pepitas de oro y quien acompañaba a Eustaquio no era un niño, sino un duende de no más de 50 centímetros, regordete, sin cuello, cabellos rubios y con orejas en punta.

Con mucho temor de que quisiera llevarse a su hijo, el minero se acercó sigilosamente, mientras se sacaba el cinturón. Se lanzó sobre él y le ató las piernas para que no se escape. La criatura no opuso resistencia y dejó apresarse.

El señor observó que la pequeña criatura no era agresiva. Pronto, notó, también, que no se trataba de un duende cualquiera, sino del Muqui, conocido como el guardián de las minas.

Entonces, supo que no le haría daño. Por eso, le pidió perdón y lo liberó. En agradecimiento, el Muqui le entregó un baúl lleno de oro por haberle devuelto su libertad. Se dice que después el minero no tuvo que trabajar más y ni él ni su familia volvieron a pasar hambre.



CHULLACHAQUI

(Adaptación)

La exuberante vegetación de la selva peruana encierra un sinnúmero de misterios y peligros en la profundidad de los bosques. Según sus habitantes, además de una variedad de animales salvajes, en este lugar vive un duende cuyo nombre proviene de los términos quechuas *chulla*, que significa "desigual", y chaqui, que significa "pie".

Este ser mitológico llamado Chullachaqui, que quiere decir el de los pies desigualases, es considerado el guardián de los bosques. Posee una gran habilidad para adoptar cualquier forma y engañar a su víctima. Generalmente, se presenta a quienes caminan solitariamente por las trochas.

Puede convertir todo su cuerpo en otro aspecto diferente, excepto una de sus patas de cabra que siempre permanecerá igual. No le agrada cómo se ve. Por eso, apenas descubren su pata, él huye avergonzado.

El Chullachaqui no siempre miente a sus víctimas. A veces siente pena y vela por la seguridad de aquellas personas buenas, pero es muy duro cuando castiga a quienes tienen un corazón malo. Aparece como un amigo o un familiar. A veces hasta otorga regalos de la selva. Con farsas,lleva a sus víctimas por caminos errados,en lo más profundo de la selva. Luego, las abandona y terminan perdidas.



Las personas que lo han visto narran que este peculiar duende tiene forma humana, mide un metro o un poco más y es de cuerpo robusto. Tiene una nariz grande, el rostro arrugado como un anciano, orejas puntiagudas y ojos rojos.

Una vez un joven esposo muy querido por su familia oyó un silbido que lo hipnotizó justo cuando regresaba a casa, después del trabajo. Caminó inconscientemente hasta lo más profundo de la selva peruana, mientras el temido sonido del Tunche se escuchaba cada vez más cerca.

El hombre, que había vivido allí toda su vida, trabajaba en el campo y siempre cumplía con dar las ofrendas a la naturaleza. Respetaba a los árboles y no mataba animales por diversión.

Cerca del lugar, se encontraba el Chullachaqui, quien al reconocer al joven, sintió piedad de él. Al ver que cada vez se internaba más en el bosque e iba directo a las garras del Tunche, decidió ayudarlo, tomando la forma de su bella esposa.

— Querido, ven sígueme. El hombre, al ver a su esposa frente a él, la persiguió y pudo liberarse. Cuando llegó a casa, supo que el Chullachaqui lo había ayudado y la voz se corrió en todo el pueblo.

Pocos días después, otro hombre iba caminando por la selva y talando árboles, despreocupado por el daño que causaba. El guardián del bosque, enojado por su maltrato a la naturaleza, se transformó en una hermosa mujer y lo hipnotizó para que lo acompañara hasta la profundidad de la selva. Allí lo dejó abandonado, mientras se oía cerca del lugar el silbido del Tunche en señal de que iba por él.



El Pishtaco

(Adaptación)

Cuenta la leyenda que en las altas zonas de los Andes habita el Pishtaco, un ser malvado que siempre está al acecho de nuevas víctimas. Suele vivir en cuevas o cabañas muy alejadas de los centros poblados.

Este personaje, cuyo nombre significa "cortar en tiras", camina solo o en pareja y se moviliza en caballo. No se conoce su rostro, pero quienes han logrado escapar de él lo describen como un hombre extranjero, fornido, barbudo, malvado y bien vestido. Tiene ojos claros y cabellos dorados como el sol. Lleva consigo una especie de hoja curva muy afilada.

A diferencia de otros seres a quienes se les atribuyen poderes mágicos, el Pishtaco decapita a las personas para comer su carne y vender su grasa. Por ello, él y su familia son omófagos. Las mujeres, que fueron raptadas y convertidas en sus esposas, también han adquirido esta costumbre. A veces, además, se dice que entierra a sus víctimas para fertilizar las tierras.

Sus víctimas, por lo general, son jóvenes o adultos de ambos sexos, sobre todo, viajeros solitarios y distraídos, a los que persigue por el campo o los caminos descampados.



Una de sus víctimas fue don Juan Méndez, patriarca de un pequeño pueblo del departamento de Junín, en donde se celebraba un matrimonio. Había comidas típicas, danzas, bailes, diferentes bebidas y, sobre todo, mucha alegría.
Juan era un anciano muy testarudo, pero querido por todos los pobladores. Siempre estaba acompañado de su perro, al que consideraba su mejor amigo. Ese día de fiesta, él decidió salir de la ciudad. Consideró oportuno retirarse al campo para sentir la paz y la tranquilidad que tanto anhelaba.

A su retorno, buscó a su mascota para que regresaran juntos a casa, pero el can estaba distraído jugando. Cuando iba por los caminos descampados, apareció el Pishtaco y lo asustó.

El anciano se sintió resignado y le suplicó que considerara su última voluntad, que era despedirse de su perro al que había dejado atrás. Ante el ruego, accedió a la petición de don Juan, pensando que lo tenía todo bajo control.
Entonces, el patriarca se subió sobre unos ladrillos y comenzó a gritar a viva voz.

—¡Ay, ayayay! ¡Dónde andas amigo que me muero! ¡Ay! ¡Ay! ¡Adiós para siempre!

Cuando el perro oyó el grito de su amo, corrió en su auxilio. En el momento en que el Pishtaco estaba a punto de lastimar al anciano, se lanzó sobre él y logró derribarlo. Don Juan aprovechó la circunstancia para escapar.



(Adaptación)

En los altos caseríos y poblados de la sierra de Ayacucho, se cuenta la historia de Jarjacha, un ser teriomorfo, mitad humano y mitad llama, que aterra a los habitantes de los Andes. Es representado como una llama de dos o tres cabezas. Emite un sonido estruendoso (jar-jar-jar) del cual deriva su nombre.

Se trataría de una persona que durante el día habita entre la comunidad como uno más de sus miembros y por las noches se convierte en una bestia. Cumple su castigo por cometer una falta muy grave: el incesto.

Este personaje, considerado el más representativo de la serranía peruana, hipnotiza a sus víctimas con la mirada, las paraliza de un escupitajo para luego herir a las personas. No diferencia entre personas buenas o malas. Cualquiera puede ser víctima del Jarjacha. Para espantarlo y escapar, basta con poner un espejo frente a él. Este ser mitológico se irá, ya que, al ver su reflejo, siente vergüenza.

Para capturarlo se debe llamar a un número de comuneros que tengan sogas de lana de llama, crucifijos, palas, picos y otras armas de metal. Como solo se convierte en bestia durante la noche, los lugareños suelen capturarlo y esperar que amanezca para así reconocerlo.

Según la creencia popular, en uno de los pueblos más alejados de Ayacucho, vivían hombres y mujeres que trabajaban la tierra, criaban animales para su sustento y tenían su propia ley.

Cierto día, cayó sobre el pueblo una neblina espesa que oscureció aún más el cielo. Un sabio recomendó no salir de casa y sellar las puertas. Entonces, casi a la medianoche, se escuchó por todo el pueblo un grito extraño: jaar-jaar-jaar.



—Es el Jarjacha. Alguien está cometiendo una falta grave y todos moriremos si no lo encontramos —dijo el anciano.
A la mañana siguiente, encontraron en la mitad del camino a un hombre envuelto en sus ponchos que se encontraba muy herido.

—¡Esto es obra del Jarjacha!—dijo uno de los pobladores que había ido a levantar el cuerpo—Debemos atrapar a aquel que están en falta antes de que lastime a más inocentes.

Conforme a lo acordado, los hombres del pueblo ordenaron a las mujeres quedarse en sus casas con los niños. Todos estaban de acuerdo, excepto el presidente de la comunidad, que repetía una y otra vez:

—Pierden el tiempo en tonterías. Esas cosas no existen. ¡Ignorantes!

Sin embargo, la siguiente noche que escucharon el sonido del Jarjacha en el pueblo, los hombres tomaron sus armas y salieron a buscarlo. Se internaron en la oscuridad y muy cerca del lugar vieron a la bestia de dos cabezas. Lanzaron sus sogas al cuello y lograron capturarlo. Encerraron a la bestia y esperaron que llegara la luz del sol para descubrir de quien se trataba.

En la mañana, la llama de dos cabezas se había convertido en dos cuerpos desnudos. Cuando los pueblerinos fueron a ver quiénes eran, se dieron con la sorpresa de que se trataba del presidente de la comunidad y su hija.

Desde esa noche, no se volvió a escuchar los gritos del Jarjacha. Un nuevo gobernante estuvo a cargo del pueblo y la paz se instaló nuevamente en aquel lugar.



EL TUNCHE

(Adaptación)

En la selva peruana es muy común oír historias sobre el Tunche, un espectro gigante que vaga en las profundidades del bosque en medio de la oscuridad. Este ser mitológico recorre por la selva exótica, buscando a quien aterrorizar con su silbido desgarrador. Luego, lastima a sus víctimas sin compasión.

Según la creencia popular, se trataría de un alma atormentada que vaga endemoniado, emitiendo un sonido agudo, que persigue a todo aquel que se encuentre despistado y huye de él. A medida que se va aproximando, su silbido se incrementa, como si anunciara que está muy cerca de su presa. Es fácil confundirlo con el Chullachaqui, porque ambos son capaces de adoptar la forma que desean para seducir y engañar a sus víctimas. Sin embargo, son muy diferentes.

El Tunche no tiene ninguna consideración con los humanos, porque no tiene sentimientos, pero siente temor cuando escucha otro silbido amenazador o desafiante, pues cree que se trata de otro más poderoso que él y huye.



Cuenta la leyenda que en Tarapato se celebraba la tradicional fiesta de San Juan. Hasta este lugar llegó una pareja de esposos para conocer y ser parte de esta festividad tan popular en el Perú. Ellos alquilaron una casa para hospedarse y no incomodar a sus familiares que vivían muy cerca.

Cierto día, después de pasear por la ciudad, los esposos recibieron la invitación de un vecino, pero la señora se sintió muy cansada y le pidió que él vaya solo y la excusara.

Así lo hicieron. Al llegar la noche, mientras la mujer dormía, tocaron la puerta.

—Esposa, ábreme la puerta—dijo mientras silbaba para despertarla.

Ella se despertó presurosa para abrirle la puerta a su esposo. Al ingresar a la casa, este le dijo:

—Tengo hambre.

La mujer preparó algo para comer. Luego, él la tomó de la mano y la invitó a la habitación a dormir. Minutos después de haber conciliado el sueño, nuevamente volvieron a tocar la puerta.

—Esposa, ábreme la puerta—dijo la inconfundible voz de su esposo.

La mujer se levantó muy nerviosa y, al acudir a la puerta, lo vio. Creyendo que el de la puerta era el Tunche y que su esposo se encontraba en la habitación, retrocedió despavorida.

El verdadero esposo empezó a silbar.

—¡Fiuu...Fiuuuu! —silbaba en tono desafiante.

—¿Te querías llevar a mi esposa? —dijo enfurecido el hombre.

Cuando ella regresó a la habitación, vio cómo el Tunche se transformaba en un espectro y salía huyendo por la ventana.



MOLLEP, EL BRUJO DE PACASMAYO

(Adaptación de María Rostworowski)

En un pequeño pueblo, ubicado en los alrededores del cerro de Chepén, en el departamento de La Libertad, vivía un brujo de linaje preincaico llamado Mollep.

Debido a su procedencia de carácter noble y divino, los pobladores de la zona estaban felices de tenerlo y lo adoraban a pesar de su mal aspecto, porque decían que su presencia les traía buena suerte y que él daba origen a la riqueza del valle.

En la lengua muchic, molep quiere decir "caranganoso" o "piojoso". Le pusieron así por su apariencia sucia y desagradable y porque estaba plagado de piojos. La gente creía que, de acuerdo a la cantidad de piojos que tenía, crecía la población, las cosechas y los animales.

Aunque en un principio se decía que Mollep era un individuo, se cree que es el nombre genérico que empleaban los sacerdotes para describir un culto asociado a la fertilidad y que trascendió en las culturas Wari, en el siglo VI y VII, y Chimú, en el siglo X.



Este personaje, que solía estar en vuelo en una manta cuajada de miles de piojos, protegía a las personas y no permitía que nadie las espanten. Debido a la suerte que les traía, el Señor de Talambo cuidaba a Mollep y le hacía llegar regalos, abundante chicha y ricos manjares. Así, el Piojoso vivía tranquilo y feliz en el cerro de Coslechec, en el valle de Pacasmayo.

Sin embargo, muy pronto, su fama llegó a otras comarcas y la gente empezó a comentar maravillada sobre la riqueza que él fomentaba. Pronto, en el calle vecino se conocieron también las noticias de Talambo y la causa de su bienestar.

Envidioso, Fallempisan, el Señor de Lambayeque, envió a la embajada de Mollep para que le hiciera una visita. Ofreció regalarle ricas y abrigadoras mantas de lana de vicuña. Sin embargo, el Piojoso movía la cabeza y se negaba a abandonar su casita.

— ¿Para qué moverme de aquí? Mis hijitos, mis piojos, están contentos. Díganle al Señor de Lambayeque que no iré a su pueblo.

Al conocer la respuesta, Fallempisan montó en cólera y decidió raptar al insolente que había desdeñado su invitación.

—Tengo que apresar a Mollep. Así, mi pueblo yo seremos ricos —se dijo así mismo el señor.

Secretamente, Fallempisan preparó un poderoso ejército y en la noche, en sigilosa marcha, atravesó el desierto y llegó a la cercanía de Pacasmayo. Esperó que oscureciera más y desapareciera la luna para rodear la casita. Entonces, los soldados lo capturaron, cuidando de no espantar a los piojos.

Fallempisan no hizo caso a las protestas de Mollep. En vano fueron los ruegos para que lo dejasen en Coslechec. Metido en una hamaca cerrada y rodeado de soldados fue conducido a Lambayeque.

Ahí viviría el Piojoso por el resto de sus días, rodeado de lujos y abundancia, pero añorando su casita en la punta del cerro de Talambo.

Desde entonces, en Lambayeque reinó la abundancia y la gente se sintió feliz, mientras que en Pacasmayo el pueblo llora la ausencia de Mollep y mantiene la esperanza de rescatarlo algún día.



EL CONDENADO

(Adaptación)

Según la creencia popular andina, cuando muere una persona que tuvo mal comportamiento en vida, no es merecedora de la paz espiritual. Por eso, regresa al mundo de los vivos castigado a sufrir el dolor que causó.

Los condenados son los que murieron de manera trágica, ya sea por un suicido o un accidente y no tuvieron tiempo de pedir perdón. Otra de las razones por las que pueden convertirse en condenados es si cometieron un crimen, dijeron una mentira o fueron muy avaros.

Existen diferentes tipos de condenados. Los que dejaron de vivir por amor, por ejemplo, andan en el mundo de los vivos hasta el momento en el que estaba programado su deceso.

Aquellos que robaron no serán recibidos en el mundo espiritual hasta que devuelvan lo ajeno. Los más temibles son aquellos que dejaron de existir de forma violenta y vuelven para hacer justicia.

Se cree que son una especie de muertos vivientes que caminan, echando fuego por la boca y arrastrando cadenas en sus pies. Busca llevarse a alguien que esté a salvo para cambiar su suerte.

Están llenos de culpa y sufren demasiado, tanto es así que poseen heridas en el rostro por tanto llorar. Estos últimos suelen vivir en cuevas, muy cerca de los cementerios.

En otras versiones más populares, se asegura que son personas que escondieron oro, plata u otro metal preciso y regresan para cuidar que nadie les robe, así como revelar su ubicación a quien crean digno de su riqueza.



Cierto día, este personaje se apareció ante una mujer que vivía sola e hilaba día y noche para ganarse el sustento diario. En la medianoche, mientras aún trabajaba, llamaron a la puerta y ella salió a ver quién era. Al abrir, vio a un hombre extraño, que llevaba una capucha y el rostro tapado, que le dijo:

— Señora, hágame el favor de guardar estos fósforos—mencionó mientras le entregaba un paquete envuelto— mañana volveré a recogerlo a esta misma hora.

Dicho esto, el hombre se retiró y no dio lugar a preguntas. Ella dudosa cerró la puerta. En un descuido dejó caer el paquete y se desprendieron huesos humanos. Estaba tan asustada aquella noche que no pudo dormir. Temía que el hombre regresara a su casa.

Al día siguiente, buscó al sacerdote del pueblo y le contó lo que había sucedido. El padre le dijo que había actuado mal al abrir la puerta a un extraño a tan altas horas de la noche. Agregó que no podía escapar porque aquel hombre era un condenado.

El sacerdote le aconsejó que esperara al hombre para devolverle los huesos, pero esta vez no debía estar sola, sino acompañada de tres niños y tres niñas. Esa noche, la señora estaba con todos los vecinos. Cuando tocaron la puerta, acudió con el paquete en la mano. Alrededor de ella, se encontraban los niños.

Al abrir la puerta, el hombre le dijo refunfuñando:

— Así que sabes quién soy. Agradece la inocencia de estos niños que no me permiten lastimarte— tomó el paquete y se marchó.



EL YACURUNA

(Adaptación)

En las profundidades de los ríos y los lagos de la Amazonía peruana, vive un ser mitológico llamado Yacuruma. Su nombre deriva de las palabras yacu, que significa "agua" y *runa*, que significa "demonio". Por eso, es conocido como el "demonio del agua".

Es representado con forma humanoide, pero con piel de reptil. Se dice que adopta la forma de un hombre guapo para atraer a muchachas y llevarlas con engaños hasta la profundidad de los ríos y los lagos de la selva. Es allí donde regresa a forma natural.

Yacuruma puede comunicarse con los animales acuáticos y los domina con sus poderes mágicos. Se dice que también puede transformarse en un delfín rosado para evitar que lo descubran.



Este ser mitológico sedujo a una joven muy hermosa, la más hermosa de toda la Amazonía peruana. Ella salía todas las noches por su ventana a esperar a su amado, un joven militar con quien se había comprometido y se casaría a su regreso.

Cierta día, mientras ella esperaba a su novio, él adaptó la forma de un hombre muy guapo de traje blanco y ojos color esmeralda y se apareció frente a ella. Le recitó poemas y le dedicó una serenata tan hermosa, que ella se sintió inexplicablemente atraída por él.

Sin embargo, como el corazón de la jovencita estaba verdaderamente enamorado de su prometido, sintió pudor y cerró las ventanas. Luego, se resguardó en la comodidad de su hogar. Todas las noches, Yacuruma se acercaba a llevarle serenata y dedicarle poemas de amor.

Poco a poco, el lúcido recuerdo de su novio militar se fue convirtiendo en un pensamiento gris y, con los días, apenas sabía su nombre. Ella ya se sentía enamorada de aquel extraño hombre que se acercaba noche a noche a su ventana.

Un día decidió salir para conocer al misterioso galán. Al acercarse, lo vio tan bello que no sintió peligro alguno en él. El joven la tomó delicadamente del brazo y la invitó a dar un paseo.

Caminaron un poco y, sin darse cuenta, se encontraban a las orillas del río Amazonas. La distrajo con un beso y la llevó hasta las profundidades del agua, lugar en donde la haría su esposa y la convertiría también en Yacuruma.



(Adaptación)

Era costumbre de los indígenas dar ofrendas al Supay o Zupay, un ser perteneciente a la mitología inca y aimara, a quien lo invocaban para que no les hiciera daño. Surge del caos y representa el mal, el sufrimiento, la desdicha y la maldición. Es rebelde e instigador por naturaleza.

Habita en las profundidades de la tierra y en el inframundo. Su morada es conocida como , que en quechua se usa para referirse al lugar en donde habitan los demonios.

Con la llegada del cristianismo, los sacerdotes de la Iglesia católica utilizaron el nombre de Supay para nombrar al maligno. Por esta razón, también se le conoce como el demonio andino.

Debido a su capacidad de metamorfosis, él es muy temido. Algunas veces aparenta ser un jinete con traje muy elegante y botas negras con adornos de oro y plata. En otras ocasiones se encarna en el cuerpo de un hermoso mancebo para atraer a los jóvenes.

Cuentan los pobladores de los Andes que este demonio se apareció frente a un hombre, que se disponía a regresar a casa, luego de que finalizara su jornada de trabajo. Tomó el mismo camino de siempre. Caminaba taciturno y cabizbajo, lamentando su mala suerte.

De pronto cayó una neblina espesa y se oían algunos truenos en el cielo. Cuando levantó la mirada para divisar el sendero, vio que llegaba hacia él un hombre vestido de negro sobre un caballo de color azabache brillante.

—Oye tú, ¿por qué vas solo por este camino? ¿No sabes que es peligroso? —dijo el jinete al hombre.

—No paisita, no me preocupa porque no tengo nada que perder. No llevo riquezas ni nada y aunque me cruzara con el mismo Pishtaco, ni grasa que robarme tendría de lo flaco que estoy por no comer bien— respondió.

— ¿Acaso no aprecias tu vida ni tu alma? ¿Tan poco crees que vales? —le preguntó al escuchar tal respuesta.





— La vida, señor, sin dinero no es vida. La vida del pobre es una muerte lenta —añadió el hombre.

—Y si yo te diera la oportunidad de cambiar tu destino. Si te dijera que puedo hacerte dueño de la tierra que pisas, ¿qué me dirías?

—Discúlpeme usted, señor, pero no tengo cómo pagarle. No poseo nada.

—Pues dame eso que dices que no valoras. Dame tu alma — increpó el elegante caballero.

— ¡Mi alma! ¿Para qué quiere usted mi alma?

—Ese es un derecho que me reservo. Tendrás riquezas, una casa enorme y las mujeres más hermosas te acompañarán.

Entonces, entre bromas, el hombre aceptó. En ese instante, una nube amarillenta emergió de la tierra que pisaba el caballo. Se sintió un olor a azufre, mientras tanto el jinete sacó un papel brillante y un lapicero de oro, y le dijo:

—Solo tienes que firmar aquí.

En ese momento, el hombre reconoció al Supay y cayó de rodillas.

—No señor, por favor te lo imploro. No te lleves mi alma o arderé en el supaihuasin por la eternidad. ¡Ayayay, Dios mío! Perdóname y sálvame.

Entonces, el demonio sonrió y dijo:

—Hombres… Hasta que no ven al mismo diablo no valoran la vida. Te dejo porque has invocado a Dios, pero quizás la próxima no tengas tanta suerte.
Y se marchó sin decir más.



LA UMA

(Adaptación)

Se cuenta que en los Andes del Perú existen mujeres hechiceras que absorben la energía de los hombres jóvenes. Por eso, han desarrollado la capacidad de quitarse la cabeza para desplazarse con facilidad en busca de nuevas víctimas.

Tienen la apariencia de mujeres bellas que pueden vivir solas o acompañadas de otras brujas. Jamás viven con varones. Se dice que todos los martes, jueves e incluso los días viernes de todas las semanas realizan un ritual en el que desprenden sus cabezas del cuerpo. Por esta razón, no se dejan ver durante esos días.

A la cabeza flotante se le conoce como uma. Se cree que si toca a un varón, él perderá la vida inmediatamente. Tiene un rostro horrible: ojos saltones, dientes prominentes, piel arrugada y cabellos desordenados.

Sueltan sus cabellos para que puedan flotar con mayor comodidad, mientras que sus cuerpos se mantienen en el suelo. Para desaparecerlas, sus cabezas deben exponerse a la luz del sol.

Cierto joven estaba tan enamorado de una hechicera, que era su novia. Deseaba verla todos los días.

—Amor, ¡déjame hablar con tu madre para visitarte este viernes! —le decía el joven a la bella muchachita.

Ella muy reocupada contestó:

—No puedo explicarte, pero este viernes quédate en casa y espera que sea sábado para estar juntos.

Dicho esto, los enamorados se despidieron como lo hacen todos los jóvenes, con frases de amor y promesas de extrañarse el uno al otro. Eso sucedió en el atardecer del miércoles.

El jueves, el enamorado sintió su corazón arrugarse ante el deseo de estar al lado de su amada y se pasó la noche en velasoñando con el día de su boda e imaginando el futuro que les esperaría juntos. El viernes pensó, que para calmar su impaciencia, podría ir a escondidas solo con el fin de observarla de lejos.





Al llegar vio que las luces estaban apagadas y los perros ladraban. Temió por ella y por la madre de su novia, quienes vivían solas. Entonces, decidió acercarse hasta la ventana para descubrir lo que pasaba.

Al asomarse, no podía dar crédito a lo que sus ojos observaban. El cuerpo de la joven y el de su madre estaban en el piso sin cabeza. Asustado e imaginando que alguna bestia las había atacado, empezó a pedir auxilio.

Sin embargo, aparecieron frente a él las umas. Cuan horrible se había tornado el rostro de su bella amada, que pasó de ser dulce y angelical a cadavérico y tenebroso. Como se dio cuenta que se acercaban hacia él con malas intenciones, empezó a correr.

Se ocultó en medio de los arbustos, mientras que las umas quedaron atrapadas entre las ramas. No podían moverse porque las espinas lastimaban sus rostros.

—Querido, libérame. Si nos casamos, seremos felices y juro que no te haré daño —gritaba su amada con dulce voz.

El joven con lágrimas en los ojos, la dejó atrás, entre las ramas. Sabía que, cuando un hombre se casaba con una bruja, su destino era dejar de vivir esa misma noche. Al salir la luz del sol, desaparecieron para siempre.



MANCO CÁPAC Y MAMA OCLLO

Leyenda recogida del Cusco (adaptación)

Cuenta la leyenda que en las regiones cercanas al lago Titicaca, los hombres vivían como animales salvajes. No tenían religión ni leyes y desconocían la agricultura. Sus hogares eran las cavernas y se alimentaban de la caza y la recolección de frutos.

Al ver que las personas no hacían uso inteligencia, el dios Viracocha creó a Manco Cápac y Mama Ocllo y los envió a la tierra para que civilizaran a las poblaciones y les enseñaran a vivir en armonía.



Antes de que se fueran a cumplir su mandato, su padre les entregó una vara de oro y les ordenó que la enterraran en todos los lugares que visitaran, cada vez que se detuvieran a comer y dormir.

En donde se llegaba a hundir con facilidad, con un solo golpe, allí debían fundar su imperio.

Su recorrido empezó en el lago Titicaca, de donde emergieron en medio de espumas. Al notar la riqueza de sus vestimentas y el brillo de joyas, los hombres, medios temerosos, los confundieron con dioses y empezaron a seguirlos a escondidas.

Ayar Manco y Mama Ocllo se pusieron en marca hacia el norte de Tamputocco para enseñar a los pobladores una nueva forma de vida. Los días pasaron y el bastón de oro aún no se hundía en las tierras andinas.

Una mañana, al llegar al cerro de Huanacaure e ingresar al valle del Cusco, la vara se hundió dulcemente en el suelo. Allí se establecieron para formar un pequeño señorío y cumplir el mandato de su padre.

Prontamente, Manco Cápac emprendió la tarea civilizadora. Enseñó a todos los varones sobre la agricultura, la artesanía, la pesca, la metalurgia y otras actividades. Mama Ocllo, por su lado, explicó a las mujeres acerca de las bondades de las plantas y les instruyó a realizar labores domésticas, como coser, cocinar y elaborar telares.

Así, los hijos de Viracocha se convirtieron en los fundadores del imperio incaico que luego traería grandes descendientes. Tanto hombres como mujeres aprendieron a vivir en armonía. En la actualidad, las edificaciones del señorío, que iniciaron en aquella época Manco Cápac y Mama Ocllo, sorprenden al mundo por sus hermosas arquitecturas.



LA CANTUTA DORADA

(Adaptación)

—¿Será ella? —se preguntaban unos a otros cuando la sintieron nacer, ya que la habían esperado por muchos años.

Nuestros antepasados no solo tenían ojos para ver, sino también para leer el cielo, las estrellas y el sentir de la tierra. Tenían oídos atentos para todos los anuncios y los signos. Sentían el abrir de las semillas bajo tierra y el fructificar de las siembras, que era celebrado con pífanos y tinyas. Eso los hacía sabios.

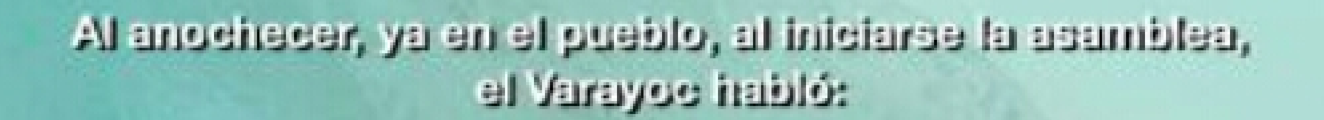
Regían su vida de acuerdo a sus pensamientos y comprendían aquello que se expresaba mediante signos en el universo:

— Si ha nacido la flor, es porque hay una orden divina que debemos seguir. Este nacimiento señalaría un cambio y el inicio de un tiempo nuevo. La única manera de saberlo es subiendo a la montaña.

Entonces, salieron en la madrugada, dejando las chozas de adobe y cañas, así como las chacras envueltas en la tenue neblina azulada. Rumbo a las alturas, la persona que guiaba decía haber avistado la flor. Pasado el mediodía, voltearon el recodo que daba al paraje escarpado. Y allí estaba. Al verla, todos cayeron de rodillas.

Era ella. Era la flor, que por largo tiempo fue esperada, soñada y vuelta a soñar, acrisolada en su vida de amarguras y penalidades. Era la Diadema, la mensajera sagrada y esperada.

En arrobamiento y con sombreros en la tierra, la veneraban. Aún con los ojos cuajados en lágrimas y mirándola, entonaron el cántico del *Paqariq ch'aska*. Sin embargo, se dieron cuenta que era imposible llegar hasta donde había brotado: en la cima. En el lugar, corría un torrente indómito y bravío con rocas escarpadas.



Al anochecer, ya en el pueblo, al iniciarse la asamblea, el Varayoc habló:

— Ha vuelto el segundo grupo de escogidos a quienes encomendamos rescatar la Cantuta Dorada. Sin embrago, Manuelcha, el valiente que los dirigía, no ha regresado. Ha caído.

— Déjame intentarlo, padre —se escuchó a un muchacho. Era su hijo, el más tierno y apenas un adolescente.

— Iremos con él —se ofrecieron dos jovencitos más.

Dos días después, toda la comunidad contemplaba cómo en la banda de enfrente los muchachos se balanceaban sobre el abismo.

Cuando el hijo del Varayoc estaba suspendido en el aire con la flor en sus brazos, la soga se rompió. La flor caía ante los ojos de todos. Fue en ese instante cuando se vio elevar desde el fondo de la cañada a un cóndor extrañamente relumbrante. Cogió la cuerda con su pico y se elevó hasta dejarla apretada en la juntura de dos fuertes rocas.

—Es Manuelcha convertido en un poderoso Huamaní— gritaron todos.

Lo vieron dirigirse y desaparecer en las nieves eternas del apu, que permaneció desde ese momento encendido. Cuando ya moría la tarde, entre bailes, danzas y cánticos, bajaba una muchedumbre desde las montañas abruptas. Insólitamente, al lado de la flor, otra empezó a brotar.

— Que el curaca interprete el significado de este milagro —dijo el Varayoc, sosegado en su asiento.

—El mensaje es que debemos integrarnos, afianzando lo que en esencia somos. Tejeremos y tenderemos un puente al que llamaremos Wayqi Chanakuy. Llevaremos el brote que ha nacido para donarlo en hermandad—mencionó la autoridad.

Así, siguieron el rito antiguo de la ofrenda sagrada que se entrega. La otra flor quedó para siempre con ellos. De ella se reprodujeron muchos brotes. Este episodio marcó el inicio de un tiempo nuevo: el tiempo de la Cantuta Dorada.



LA DONCELLA Y EL DIOS HARAPIENTO

(Adaptación)

En tiempos remotos, cuando los dioses habitaban nuestros valles y montañas, vivía una hermosa doncella. Su nombre era Cavillaca. Casi todas las divinidades varones, fueran mayores o menores, desde que la veían, sentían amor por ella.

Se engalanaban con sus mejores atuendos con el fin de parecer amables y simpáticos ante la doncella. Todos, menos Cuniraya, el dios más poderoso de todos, quien siempre vestía como mendigo. Cavillaca lo evitaba no solo por su mal aspecto, sino también por su falta de modales y actitud grosera.

Sin embargo, Cuniraya estaba enamorado de ella. Como sabía que ella lo rechazaría, un día adoptó la forma de un pájaro para volar hasta lo alto de un árbol y colocar su semilla dentro de un fruto para que lo comiera.

Cavillaca vio el fruto tan delicioso que lo comió ansiosa. Nueve meses después, siendo aún doncella, dio a luz a una hermosa bebé. Luego de un año, quiso conocer al padre de su hija. Convocó a todos los dioses para preguntarles quién era dueño del fruto. Como nadie supo darle razón, puso a su hija en el suelo y le pidió que fuera a reconocer a su padre.

La niña gateó y pasó por el lado de cada uno. Aunque muchos deseaban atribuirse la responsabilidad para casarse con ella, sabían que no podían mentir. De pronto, la niña gateó hasta Cuniraya y lo abrazó.

Muy sorprendida, al ver que el padre de su hija era un dios grotesco y libertino, Cavillaca sintió vergüenza y arrancó con enfado a su hija de los brazos de él y salió corriendo del lugar.



Cuniraya transformó su vestidura harapienta en trajes elegantes con adornos de oro y le pidió que lo mirara para decirle que cambiaría por ella. La doncella corrió hacia la costa sin mirar atrás y no lo escuchó.

El dios fue tras ella y en el camino preguntaba a los animales con quienes se cruzaba:

—Hermano zorrillo, ¿has visto a mi amada que lleva en sus brazos a una niña?

—No la alcanzarás. Ya está demasiado lejos —respondió.

— ¡Ingrato! Por cruel y afligir a mi corazón, te digo que apestarás siempre. No podrás caminar a la luz del día y te perseguirán hasta matarte —expresó colérico.

Más adelante se encontró con el puma.

—Hermano puma, ¿has visto a mi amada?

—Sí, anda muy afligida. Seguro que la alcanzas si te apresuras.

—Gracias hermano puma. Te aseguro que los hombres harán las mejores fiestas en tu honor.

Así, continuó su recorrido. A quien le daba buenas noticias, le concedía dones y favores. En cambio, si alguien lo desalentaba de su intento de alcanzar a Cavillaca y a su hija, lo maldecía y condenaba a vivir en malas condiciones.

Cuniraya recorrió caminos y montañas. Cuando estuvo cerca al mar y se asomó por una colina, divisó a Cavillaca y a su hija arrojándose en ese instante al mar. Él imploró que no desaparecieran para siempre.

Allí estuvo mucho rato hasta que se produjo un gran torbellino. Entre grandes oleadas de espuma, emergieron madre e hija convertidas en dos islas rocosas. Cuniraya estuvo mucho tiempo contemplándolas, acongojado, lamentándose y reclamando que regresaran.



EL ZORRO ENAMORADO DE LA LUNA

(Adaptación de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega)

Hace muchos años, en la sierra del Perú, vivía un zorro completamente enamorado de la luna. Durante las noches, al verla tan hermosa, bella y deslumbrante, se sentía muy triste porque no sabía cómo llegar hasta donde se encontraba ella.

Los amigos del zorro se burlaban de él.

—Eres un tonto. Nunca podrás llegar hasta la luna. Está muy lejos.

Una tarde, el zorro se encontró con un anciano que se hallaba tranquilamente sentado bajo la sombra de un pacay, disfrutando la hoja de coca entre los dientes. El señor, al ver al zorro cabizbajo, le preguntó:

— ¿Por qué estás tan triste?

— Padre —le dijo respetuosamente el zorro— tal vez tú puedas decirme cómo puedo llegar a la luna.

— ¿Y por qué desea llegar un zorro a la luna? —preguntó el anciano.

— ¡Es tan bella! —suspiró el zorro.

—Es muy sencillo. Primero, busca un cerro, el más alto que puedas encontrar. Luego, cuando llegues a la cima y no veas ningún otro cerro alrededor, habrás llegado al techo del mundo. Allí deberás esperar hasta que salga la luna llena y con un salto la alcanzarás —concluyó el anciano.

El zorro, sin siquiera agradecer, corrió y corrió por las praderas hasta dirigirse a un enorme cerro, el más cercano que pudo ver. Al llegar a la cima, observó otros picachos mayores alrededor. Vio cuál podía ser más grande y se dirigió hacia ese. Luego, comenzó a trepar y trepar.

Así, se la pasó subiendo y bajando cerros. No le importaba estar cansado, con la lengua afuera y con llagas en sus patas. El animal buscaba el techo del mundo para llegar a su amada.



Un día, el zorro trepaba por una escarpada quebrada de un cerro muy alto cubierto de nieve. Cuando pudo llegar a la cima, miró a su alrededor y no había ningún otro. Se preguntó:

— ¿He llegado al techo del mundo?

Entonces se sintió muy feliz. Tenía una inmensa sonrisa y su corazón estaba palpitando de emoción. Se sentó pacientemente en una piedra a esperar a que salga la luna. Pudo ver, en el horizonte, como el sol se ocultaba lentamente y llegaba la noche rodeada de un profundo silencio.

De pronto apareció la luna roja y enorme. Estaba tan cerca que casi la podía tocar. Alzó su pata y sin saber cayó sobre ella. La luna lo atrapó y lo abrazó con ternura. Así, el zorro logró que su amada escuchara los latidos de su corazón.



NAYLAMP, EL HOMBRE PÁJARO

Cansados de tantas guerras y miserias, un grupo de hombres y mujeres, los más audaces de todos, fueron en busca de nuevas tierras para formar sus propia colonia. Tomaron sus balsas de totora y navegaron en el mar por muchos días.

Su búsqueda no tenía cuándo acabar y se vieron tentados a regresar cuando las tormentas sumergieron muchas embarcaciones hasta la profundidad de las aguas.

Había un hombre, entre ellos, que siempre les brindaba aliento y les transmitía confianza. Tenía los ojos negros y su balsaera tan ligera que parecía flotar sobre el mar. Su nombre era Naylamp.



Junto a él, viajaban su esposa y otras mujeres, quienes tocaban suaves melodías en sus caracoles marinos para tranquilizar a los hombres. Era un jefe muy querido por su pueblo. Una noche, mientras continuaba con su interminable viaje, alzó la voz al cielo y exclamó:

—Luna, amiga mía, me prometiste una tierra generosa. Te hemos seguido, pero tú nos has abandonado. Ya ni tú ni las estrellas nos alumbran en la noche.

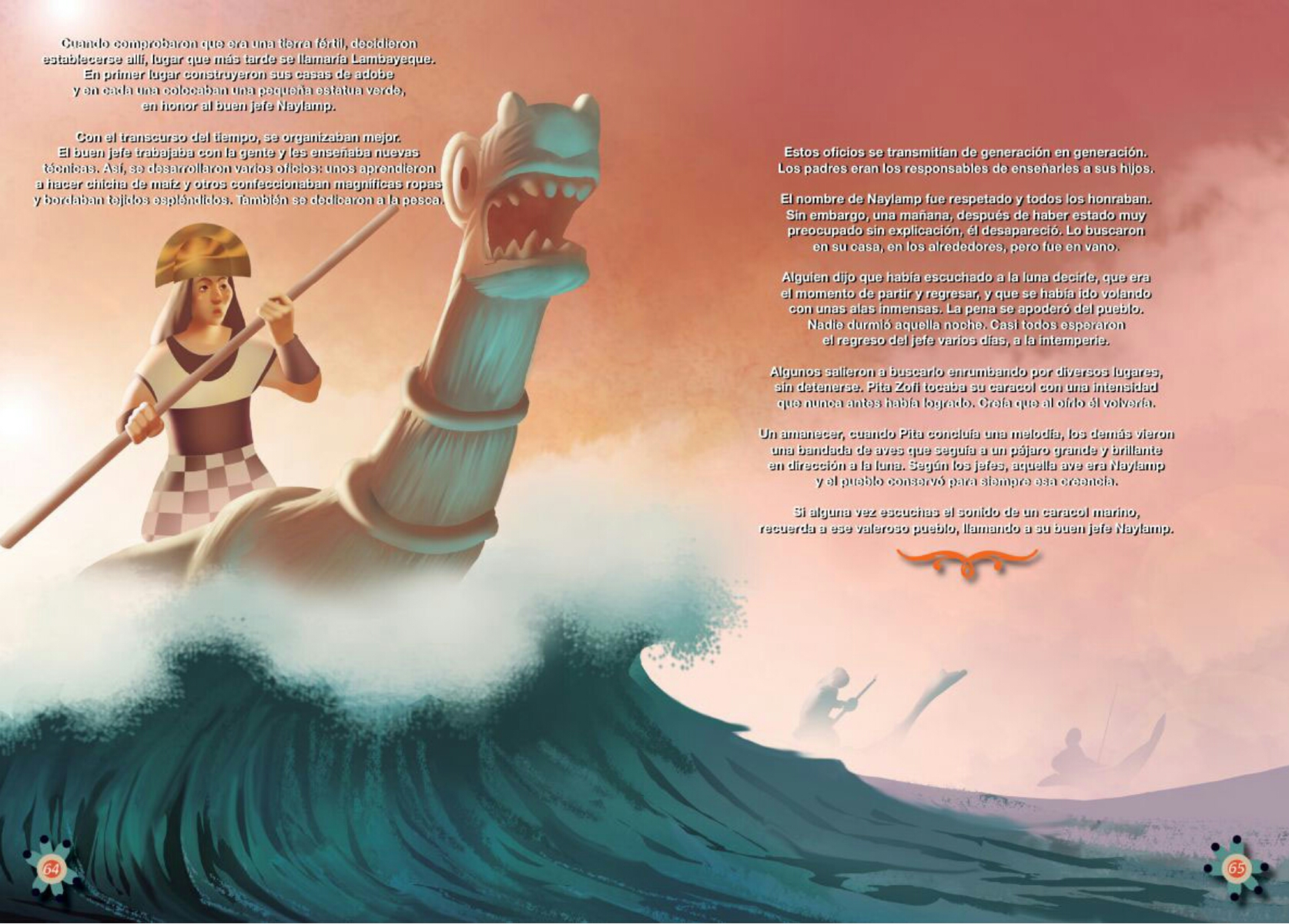
—Sigue tu camino, Naylamp. El mar te llevará en donde te prometí — respondió la luna asomándose por las nubes.

Continuaron navegando. Sin embargo, los inconvenientes aumentaban. Esta vez se quejó con el mar y este conmovido le contestó:

—Cálmate. Levanta los ojos y verás la tierra que ansías.

En ese instante, frente a ellos, vieron la tierra y celebraron con música el final de su viaje.

—Demos gracias a nuestros dioses. Al fin hemos encontrado el lugar ideal para vivir —expresó.



Cuando comprobaron que era una tierra fértil, decidieron establecerse allí, lugar que más tarde se llamaría Lambayeque. En primer lugar construyeron sus casas de adobe y en cada una colocaban una pequeña estatua verde, en honor al buen jefe Naylamp.

Con el transcurso del tiempo, se organizaban mejor. El buen jefe trabajaba con la gente y les enseñaba nuevas técnicas. Así, se desarrollaron varios oficios: unos aprendieron a hacer chicha de maíz y otros confeccionaban magníficas ropas y bordaban tejidos espléndidos. También se dedicaron a la pesca.

Estos oficios se transmitían de generación en generación. Los padres eran los responsables de enseñarles a sus hijos.

El nombre de Naylamp fue respetado y todos los honraban. Sin embargo, una mañana, después de haber estado muy preocupado sin explicación, él desapareció. Lo buscaron en su casa, en los alrededores, pero fue en vano.

Alguien dijo que había escuchado a la luna decirle, que era el momento de partir y regresar, y que se había ido volando con unas alas inmensas. La pena se apoderó del pueblo. Nadie durmió aquella noche. Casi todos esperaron el regreso del jefe varios días, a la intemperie.

Algunos salieron a buscarlo enrumbando por diversos lugares, sin detenerse. Pita Zofi tocaba su caracol con una intensidad que nunca antes había logrado. Creía que al oírlo él volvería.

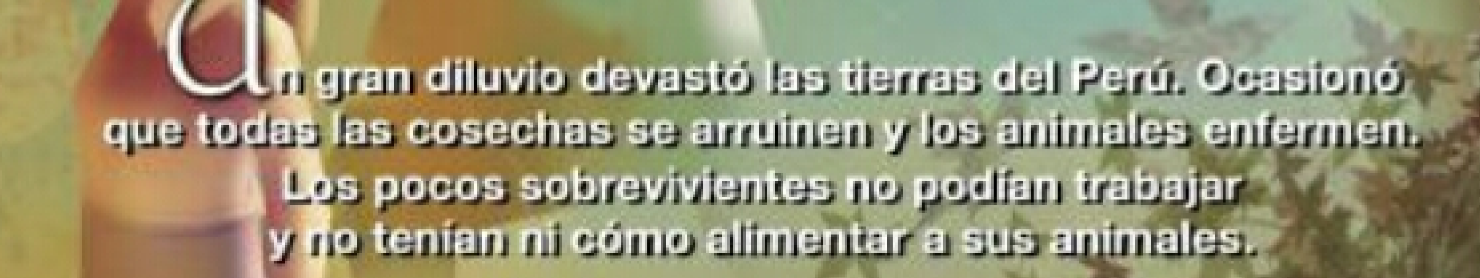
Un amanecer, cuando Pita concluía una melodía, los demás vieron una bandada de aves que seguía a un pájaro grande y brillante en dirección a la luna. Según los jefes, aquella ave era Naylamp y el pueblo conservó para siempre esa creencia.

Si alguna vez escuchas el sonido de un caracol marino, recuerda a ese valeroso pueblo, llamando a su buen jefe Naylamp.



LOS HERMANOS AYAR

Leyenda del Cusco acerca del origen de los incas (adaptación)



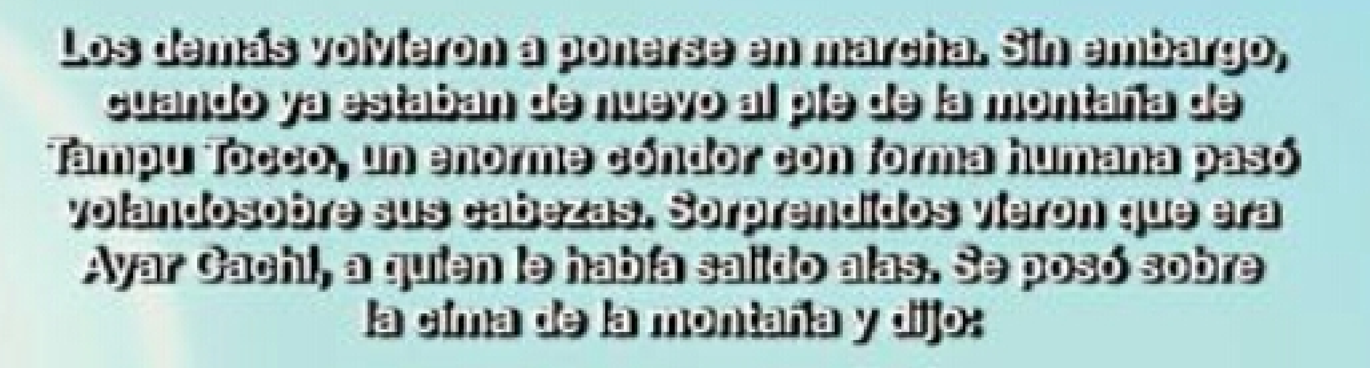
Un gran diluvio devastó las tierras del Perú. Ocasionó que todas las cosechas se arruinen y los animales enfermen. Los pocos sobrevivientes no podían trabajar y no tenían ni cómo alimentar a sus animales.

Por esos tiempos, en la gran montaña Tampu Tocco se encontraba una cueva con tres ventanas llamada Pacaritambo. Allí vivían ocho jóvenes: los hermanos Ayar. Eran cuatro hombres y cuatro mujeres que se habían casado según la costumbre de su pueblo. Estaban emparejados Ayar Manco con Mama Ocllo, Ayar Cachi con Mama Cora, Ayar Uchu con Mama Rahua y Ayar Auca con Mama Huaco.

Cierto día, ellos decidieron buscar un lugar más fértil y próspero para vivir. Salieron de la tercera ventana de la cueva Pacaritambo junto con diez ayllus en busca de mejores tierras.

Ayar Cachi, el más fuerte y valiente de los hermanos, era capaz de formar una quebrada o derribar una montaña con una sola piedra de su onda. Los otros tres le temían y sentían celos de su poder. Un día decidieron convencerlo para que regrese a Tampu Tocco a buscar unos vasos de oro y semillas.

Los hermanos lo siguieron sigilosamente hasta la cueva. Cuando vieron que entró en ella para buscar los objetos, cerraron la entrada con una piedra. Ayar Cachi dio gritos tan poderosos que hicieron temblar la tierra, abrir los montes y estremecer el cielo, pero aun así no pudo salir.



Los demás volvieron a ponerse en marcha. Sin embargo, cuando ya estaban de nuevo al pie de la montaña de Tampu Tocco, un enorme cóndor con forma humana pasó volandosobre sus cabezas. Sorprendidos vieron que era Ayar Cachi, a quien le había salido alas. Se posó sobre la cima de la montaña y dijo:

— Sus celos hicieron que me convierta en este animal, pero ahora deben olvidar sus ambiciones y ayudar a la gente que los sigue. Vayan hacia el sudeste en donde encontrarán buena tierra para fundar una ciudad poderosa.

Los siete hermanos restantes siguieron su camino, seguidos por los ayllus. Al cabo de unos días, vieron un arcoíris que empezaba y terminaba en el monte Huanacaure.

Ayar Manco reconoció el signo de buen augurio y señaló a sus hermanos que se dirigieran a ese lugar. Al llegar, encontraron un ídolo de piedra parado sobre el monte. Todos le mostraron respeto y le entregaron algunas flores y regalos.

Sin embargo, Ayar Uchu, conocido por su orgullo y picardía, dio un salto hacia la espalda de la estatua. Enseguida, los jóvenes hermanos y las familias de los ayllus vieron cómo se convertía en piedra, mientras tocaba la espalda del ídolo.

Luego de recomendarles que no cometan su error, indicó a sus hermanos que lo recuerden una vez al año, educando a los jóvenes. Desde entonces, se celebra la ceremonia del Huarachico, que significa "iniciación de los jóvenes". En este rito, los púberes del antiguo Imperio incaico demostraban que eran lo suficientemente maduros para servir a su pueblo.

Al día siguiente, los viajeros continuaron su camino. Llegaron a un lugar llamado la Pampa del Sol. Estaba rodeado de tierras fértiles y cubiertas de abundante ichu. Ayar Manco envió a Ayar Auca a tomar posesión de esas tierras, pero en el momento que llegó también quedó convertido en piedra.

Ayar Manco solo con sus cuatro hermanas dirigió a las familias de los ayllus hacia el lugar. De esta manera, fundó el Cusco en nombre del dios Inti (el sol) y del dios Viracocha (el creador). Juntos construyeron la capital del gran imperio del Tahuantinsuyo, que significa "imperio de las cuatro provincias".



Se dice que llovió 60 días y 60 noches. Se ahogaron todas las cosas creadas, solo se mantuvieron algunos vestigios que fueron transformados en piedra. Cierto día, Viracocha tomó forma de una persona común de pie y ropas blancas para caminar entre los hombres que había creado de nuevo, pero ellos, lejos de recibirle con amabilidad, lo quisieron lastimar.

Ante esto, pronunció unas palabras y la tierra ardió hasta que se arrodillaron ante él y le pidieron perdón. Luego con un bastonazo, el fuego se apagó.

Estuvo muchos años educando a los hombres que había creado hasta que cierto día abandonó el Perú e ingresó al mar, seguido de sus colaboradores. Caminó apacible sobre la espuma de mar sin prisa.

Desde entonces, los incas aprendieron a adorar al Sol. Lo llamaban *Inti* o *Punchao*, que era considerado el dios fertilizador de la tierra y el que proporcionaba salud, vida y paz al pueblo. La diosa Luna, hermana del Sol, era conocida como *Mamapacha*, la señora del mar, los vientos y todas las mujeres.

Finalmente, el Inca o Emperador del Tahuantinsuyo era considerado como "hijo del Sol".



EL AMARU

Leyenda recogida en Jauja, Junín (adaptación)

En los oscuros tiempos inmemoriales, toda la región de Huancayo era una inmensa laguna habitada por monstruos. El hombre todavía no había sido creado. Entonces, el dios Kon Ticsi Viracocha ordenó a Tulumanya, el arcoíris, a engendrar a Amaru.

Tulumanya puso un pie de plata en un extremo de la laguna y otro pie sobre la otra orilla. En las quietas aguas, miró complacido su cuerpo brillante de siete colores. Luego, se rasgó el pecho y nació una inmensa culebra que cayó con gran estrépito en el fango.

Este animal tenía la piel azul con pequeñas manchas rojas que centellaban como miradas. Apenas nació, estaba lleno de ira y se irguió hasta el cielo, espantando a la cuenca del lago con algunos silbidos. Los cerros se desmoronaron y los puquiales se quedaron secos. Devoraba montes de verduras y lastimaba a los animales.



Al ver su maldad, el viento y el rayo bajaron a destruir a la sierpe. Primero, luchó el viento. Bajó la temperatura de la cordillera para congelarla y así matarla de frío, pero la serpiente se sumergió en la laguna. Asomó la cabeza entre las aguas, mientras se le erizaba la piel en destellos rojos e hizo hervir el agua. El lodo subía burbujeando.

Como la serpiente venció al viento, descendió el rayo. Desde el cielo le lanzó rojos tajos y logró asustarlo con tanto estrépito. Asustado, Amaru se doblegaba con cada rayo que le caía y, de nuevo, silbaba enfurecida. De todo su cuerpo caía sangre sucia y verde. El rayo la hería una y otra vez.

Muy malherida y sin poder esconderse, la serpiente comenzó a agonizar. Se dilataron sus ojos, daba saltos y bramidos desesperados. El agua de la laguna en donde se encontraba entrechocaba hasta los cerros y se abrió la quebrada de Chargos.

Por ese lugar desaguó la laguna y se fue llevando los pedazos de Amaru hasta que el valle del Jauja quedó seco.



LA HERMOSA CAPULLANA

Era un día común de 1 528, en las tranquilas playas de Tumbes, cuando los pobladores divisaron unas embarcaciones extraña. Se trataba de los galeones de Francisco Pizarro, los primeros españoles que llegaban a nuestras costas.

La gente alarmada fue a poner aviso a su cacica, la Capullana, quien ordenó a unos balseros que fueran a darles la bienvenida. Contentos por el trato recibido, los españoles enviaron espejuelos, cuchillos y sartas de cascabeles. También enviaron vino en agradecimiento a su líder.

Los balseros regresaron alegres y contaron a su cacica lo sucedido. Luego, le entregaron los objetos que los extranjeros le obsequiaron. Llena de curiosidad, la Capullana invitó a los foráneos para que fueran a verla. Dos españoles bajaron a la playa en un botecito con un esclavo, un gallo y un puerco. Cuando llegaron a tierra firme, los pobladores admirados cogieron al esclavo. Lo zambulleron al mar y comentaron:

— Miren no sale la pintura —mientras que el esclavo se reía de ellos.

Cuando el gallo cantó ¡cocorocó, cocorocó!, se armó un gran alboroto. A su vez, el cerdo empezó a gruñir y la gente le jalaba por la cola. Entonces, a los españoles se les ocurrió llenar de pólvora sus arcabuces y disparar.

— ¡Que susto se llevaron todos! La hermosa Capullana se acercó a ellos y por señas le preguntó:

— ¿Qué quieren de esta tierra?

Y los españoles respondieron:

— ¡Oro y más oro!

Al oír tal respuesta, ella se comenzó a reír, ya que para su gente este metal tenía solo el valor de ser bello. Por ello, hizo traer y cargar las balsas con comida, agua y mucho oro.

Feliz con los regalos recibidos, Pizarro invitó a la Capullana y su corte a visitar su nave. A su llegada, la recibió y saludó con el sombrero en la mano y la galanteó, mientras ella recorría desde la popa hasta la proa.

Luego, le ofreció regalos y tomaron vino de Castilla. Al día siguiente, la Capullana ofreció un banquete a los recién llegados, quienes bebieron y comieron asado de venado, pescados, chupes y humeantes guisos de patos y perdices.

Luego de uno días, Pizarro se despidió de los pobladores de Tumbes y se llevó a un joven, al que bautizaron con el nombre de Felipe. Regresó a España para contar al rey todo lo visto en Perú.





EL RÍO HABLADOR

(Adaptación)

En las épocas en que el dios Sol moraba en la cima celestial, vivían junto a él los otros dioses menores, entre ellos Rímac, un joven de gran postura y sumamente bondadoso, a quien le gustaba bajar al mundo de los humanos para contar bellas historias a los hombres. Todos lo querían y reverenciaban.

Cierto día, él y los demás dioses observaban con tristeza a la tierra por las ventanas del Palacio Dorado. Vieron que los llanos junto al mar eran azotados por una gran sequía. Las flores estaban marchitadas; los árboles, secos y tanto los hombres como los animales morían de sed día a día.

Ellos se alarmaron y acudieron hasta su padre para pedir que salvara a los humanos. El Inti les dijo que era imposible, pues, según las leyes celestiales, solo sacrificándose en el altar de fuego podrían conseguir agua.



Los dioses callaron y se miraron unos a otros sin que ninguno se atreviera a ofrecerse. Entre la multitud, una de las hijas más preciadas del Inti, la más bella y virtuosa, dejó salir de sus tímidos labios sus palabras de ofrecimiento y se puso frente a su padre.

Todos estaban sorprendidos, incluso su hermano Rímac, quien la apreciaba. Al verla ofrecerse para el sacrificio, Rímac cayó de rodillas ante su padre y pidió que lo sacrificaran a cambio de Chaclla, la bella doncella. Sin embargo, Chaclla le rogó mantenerse con vida para que continúe contando a los humanos sus bellas historias.

Él se negó profundamente. Tanto se querían el uno al otro, que ambos se dirigieron al altar de fuego para la ofrenda. Resignado el dios Inti, ante la decisión de sus hijos, aceptó e hizo llover en la tierra. Agradeciendo al cielo, los antiguos hombres de la costa, llamados yungas, recibieron jubilosos el agua.

Rímac y Chaclla, envueltos en una infinidad de gotas, caían sobre las montañas cercanas al gran valle de Lima. Convertidos en un tormentoso río, corrían jugando y riendo hacia el mar.

Se elevaban en forma de nubes, persiguiéndose y llegaban al cielo para descender de nuevo. Eso duró solo cuarenta noches. Después, ella quedó convertida para siempre en lluvia y él en el más bullicioso río de la costa peruana.

Cuenta la leyenda que si te sientas a orillas del río Rímac y pones mucha atención, puedes percibir claramente un murmullo en sus aguas, una voz humana que cuenta bellísimas historias de este y antiguos tiempos. Por eso, lo conocen como Rímac, el "río Hablador".



Adoptar. Adquirir, recibir una configuración determinada.
Agonizar. Dicho de una cosa que se extingue o termina.
Ajeno. Que pertenece a otra persona.
Ansioso. Que tiene deseo presuroso de hacer algo.
Apacible. Manso, dulce y agradable en la condición y el trato. De buen temple, tranquilo y agradable.
Apu. Los apus o apu wamanis son montañas a las que se le atribuyen poderes divinos desde épocas preincaicas.
Arcabuces. Son armas antiguas de fuego, con cañón de hierro y caja de madera, semejante al fusil.
Armonía. Amistad y buena correspondencia.
Atribuirse. Asignarse algo como suyo.
Aterrorizar. Causar terror o miedo intenso a alguien.
Atuendos. Traje, ropa.
Avaro. Afán desordenado de poseer y adquirir riquezas para atesorarlas.
Balsas. Plataforma flotante, originariamente formada por maderos unidos.
Baúl. Caja grande que se usa para guardar objetos.
Bramido. Voz del toro y de otros animales salvajes.
Can. Animal doméstico llamado perro.
Cabizbajo. Dicho de una persona que tiene la cabeza inclinada hacia abajo por abatimiento, tristeza o cuidados graves.
Cacica. Persona que, en un pueblo o una comarca, ejerce excesiva influencia en asuntos políticos.
Coca. Hoja indígena de América Latina.
Comarcas. División de territorio que comprende varias poblaciones.
Criados. Persona que sirve por un salario. Especialmente, se dedica al servicio doméstico.
Cuajada. Que se convierte en una masa sólida y pastosa.
Deceso. Muerte de una persona.
Desplazarse. Moverse de un lugar a otro.
Divinidades. Que tienen naturaleza de Dios.
Divisaron. Que pueden ver.
Doncella. Mujer que no ha conocido varón, virgen.
Dones. Talentos. Regalos, obsequios.
Emerger. Brotar, salir a la superficie del agua u otro líquido.
Engalanar. Adornar. Ponerse guapo.
Épico. Grandioso, extraordinario.
Escupitajo. Saliva que se escupe por la boca.
Espectro. Figura fantasmal y horrible que uno cree ver.
Estrépito. Ruido considerable.
Exótica. Es característica calificativa de un lugar, país o persona.
Fértiles. Produce en abundancia.
Fertilizado. Que dispone la tierra para que dé más fruto.
Foráneos. Forastero, extraño.
Fornido. Robusto, fuerte.
Guapo. Ostentoso, galán y lucido en el modo de vestir y presentarse.
Hechicera. Mujer que practica actos de magia.
Hipnotizan. Fascinar, asombrar a alguien.
Ídolo. Persona o cosa excesivamente admirada o amada.
Inframundo. Mundo de los muertos.
Ingrato. Que se olvida o desconoce lo que se hizo en su favor o beneficio.
Injuria. Agravio, ultraje de obra o de palabra.
Inti. Sol.
Irguió. De erguir. Levantar y poner derecho algo, especialmente el cuello o la cabeza.
Invocar. Pedir ayuda mediante una súplica vehemente.
Jubiloso. Alegre, regocijado.
Leyenda. Relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos.
Llano. Que tiene el mismo nivel en todas sus superficies.
Lúcido. Que se encuentra en condiciones normales para pensar o discurrir correctamente.
Metamorfosis. Transformación de algo en otra cosa.
Minero. Persona que se encarga de excavar minas para extraer minerales.
Mitológico. Narración maravillosa situada

fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heróico.
Omófagos. Dicho de una persona que come carne cruda.
Pacay. Fruto del árbol guamo.
Paralizan. Detener, entorpecer, impedir la acción y movimiento de algo.
Percance. Contratiempo, daño o imprevistos.
Petición. Acción de pedir.
Petrificado. Convertir en piedra. También quedarse asombrado o inmóvil.
Picachos. Punta aguda, a modo de pico, que tienen algunos montes y riscos.
Prominentes. Que sobresale en relación con lo que está a su alrededor.
Pueblerinos. Perteneciente o relativo a un pueblo pequeño o aldea.
Refunfuñar. Emitir voces confusas o palabras mal articuladas o entre dientes en señal de enojo o desagrado.
Resignado. Que se entrega a la voluntad de alguien más.
Reverenciaban. Acción de reverenciar, que quiere decir respetar, venerar o adorar.
Robusto. Fuerte, vigoroso y firme de salud.
Ruines. Ruin. Quiere decir vil, bajo, despreciable. De malas costumbres y procedimientos.
Sacrificar. Hacer sacrificios, ofrecer o dar algo en reconocimiento de la comunidad.
Sacrificio. Ofrenda.
Seducir. Persuadir suavemente para algo malo.
Semejanza. Semejante. Quiere decir que se parece a alguien o algo.
Sequía. Tiempo seco de larga duración.
Sierpe. Culebra de gran tamaño.
Taciturno. Callado, silencioso. Que le molesta hablar.
Vergüenza. Turbación del ánimo. Se suele encender el color del rostro por alguna falta cometida o por alguna acción deshonrosa y humillante, propia o ajena.
Veta. Filón metálico.



BIBLIOGRAFÍA

BELTRÍN, Abel y SOTO, Cristina (2010). *El bosque que silva*. Lima: Polifonía Editora.

EL LADO OSCURO (2011). La leyenda del Chullachaqui: El duende de la selva [en línea]. Revisado el 13 de junio del 2015. Disponible en: <http://elladooscuro525.blogspot.com/2011/05/la-leyenda-del-chullachaqui-el-duende.html>.

EXPEDIENTE OCULTO(2008). La leyenda del jarjacha o el demonio del incesto [en línea]. Revisado el 14 de junio del 2015. Disponible en: <http://expedienteoculto.blogspot.com/2008/10/la-leyenda-del-jarjacha-o-el-demonio.html>.

FOROS PERÚ (2008). Historia del condenado [en línea]. Revisado el 13 de junio del 2015. Disponible en: <www.forosperu.net/temas/el-condenadomuerto-viviente.27189/>.

JEANNEAU, Marie; MONTALBETTI, Lili y POLI, Paola (2008). *Colección de leyendas del antiguo Perú*. Lima: Ediciones SM, 24 pp.

LEYENDAS CORTASPARA NIÑOS (2014). El Jarjacha. [en línea]. Revisado el 14 de junio del 2015. Disponible en: <http://leyendascortasparaninos.blogspot.com/2014/08/el-jarjacha.html>.

MELITÓN, Eusebio (director) (2002). *Qarqacha, el demonio del incesto* [película]. Ayacucho.

OCAMPO, Javier (2006). *Mitos y leyendas latinoamericanas*. Bogotá: Plaza y Janés Editores Colombia.

PAJUELO, Luis (2013). *El Muqui y su mundo. Aproximación al maravilloso duende de las minas*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

ROSWOROWSKI, María (1996). *El origen de los hombres y otros cuentos del antiguo Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

SÁNCHEZ, Danilo (2007). *La doncella y el dios harapiento*. Lima: Editorial Bruño.

VÁSQUEZ, Angie (2013). *La leyenda de los hermanos Ayar*. Lima: Dirección de Informática Académica de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

ZAPATA, Javier (2012). *Relatos mágicos del Perú*. Lima: Editorial Malabares.



